



AÑO EUCARÍSTICO DIOCESANO

EXHORTACION PASTORAL CON MOTIVO DE LA PROMULGACIÓN DEL AÑO EUCARÍSTICO DIOCESANO.

*“Porque yo recibí del Señor lo que les he trasmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: **“Este es mi cuerpo que se da por ustedes; hagan esto en recuerdo mío.”** Asimismo también la copa después de cenar diciendo: **“Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo beben, háganlo en recuerdo mio.”** Pues cada vez que comen este pan y beben esta copa, anuncian la muerte del Señor hasta que venga” (1 Cor 10,23-26).*

Queridos hermanos por medio de estas palabras deseo invitar a reflexionar en este año 2017 sobre el misterio central de nuestra fe, el misterio de nuestra salvación, que Jesucristo ha dado a su Iglesia como un Memorial, centro de la vida Cristiana. La Eucaristía es, fuente y fuerza creadora de comunión: *“Porque hay un solo pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan” (1 Cor 10,17).*

Para profundizar en este misterio de amor de Dios, deseo invitar en este año a dedicarlo a profundizar sobre la Eucaristía, como centro de la vida de los sacerdotes y de toda la comunidad cristiana, Venezuela ha sido consagrada al Santísimo Sacramento desde hace 117 años. La Iglesia en su enseñanza nos dice que la Eucaristía es el centro de nuestra vida, sin ella es imposible atravesar este mar tan inmenso y lleno de tantas tormentas que muchas veces intentan hacer naufragar la barca de nuestra vida y la barca de la Iglesia de Pedro.

La Eucaristía es el centro de la vida de la comunidad, de ella brota la fuente del amor de Dios, en ella se actualiza el misterio de amor que se nos ha manifestado en Jesucristo, de modo que de una manera real y incruenta se realiza lo que Jesús en su vida mortal hizo por toda la humanidad, dar la vida por nosotros para que seamos salvos.

La Eucaristía prefigurada en el A.T.

La Eucaristía tiene sus raíces en la Pascua Judía, memorial de la liberación de Egipto (Ex 12,1-14), en la cual Dios paso con brazo extendido liberando de la opresión a su pueblo que vivía en Egipto, haciendo una alianza en el monte Sinaí y dándole como expresión de su amor una tierra que mana leche y miel. El Dios de Israel ha visto la miseria de su pueblo, ha oído el grito y ha descendido para liberarlo. *“ Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarles de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel...” (Ex 3,7-8).* La intervención de Dios en la historia, abre un camino de salvación, de liberación, y convoca a un pueblo que celebra con exultación y gozo las grandes hazañas del Señor. La Pascua hebrea es memorial de la Liberación del Pueblo de Israel de la esclavitud de los egipcios, ella no es invención de un grupo de hombres, sino intervención divina que lleva a abrir caminos de esperanza hacia una libertad que debe ser conquistada con la ayuda de la gracia de Dios por el hombre. Este día es el primer día del año, la celebraran como MEMORIAL (ZIKARON) de la salida de la Esclavitud de Egipto.

“ Este será un día memorable para ustedes, y lo celebraran como fiesta en honor de Yahveh de generación en generación. Decretaran que sea fiesta para siempre” (Ex 12,14). La Pascua tiene sus raíces en una fiesta agrícola donde el pueblo agradecía a Dios por los frutos de la tierra; y que ante, el acontecimiento de la liberación de la esclavitud de Egipto, donde Dios pasara en aquella noche memorable, noche donde el pueblo saldrá aprisa después de comer el cordero pascual; *“Así lo han de comer: ceñidas sus cinturas, calzados sus pies, y el bastón en su mano; y lo comerán de prisa. ES PASCUA DE YAHVEH” (Ex 12,11)*, cobrara un nuevo sentido, ya que será memorial de la salida de Egipto.

Dios dará disposiciones de cómo celebraran este acontecimiento memorable por generaciones y generaciones (Ex. 12,1-28.43-51). Así, los israelitas cada año, al llegar la luna nueva en el mes de nisán (antiguo mes de abib), se reunirá por familias para celebrar y hacer memorial, que es mucho mas que un recordar hazañas pasadas, actualizar en los comensales la acción salvadora de Dios, para ello Dios indica a Moisés cuales son las disposiciones que debe el pueblo guardar para celebrar la Fiesta de la Pascua, porque es la noche de las noches, es la noche en la cual Dios paso con brazo extendido e hirió a Egipto con toda suerte de prodigios que obro en medio de ellos y que no tendrá mas opción que dejarlos salir (cfr. Ex 3,20).

La Eucaristía pascua del Señor.

Jesucristo como judío creyente celebra todos los años con sus padres la fiesta de la Pascua, recordando la acción salvadora de Dios en medio de su pueblo, el cual paso librándoles de la opresión y conduciéndoles a la libertad, introduciéndoles en la tierra prometida. En aquella ultima pascua que celebrara Jesús con sus discípulos, dará un nuevo significado, ya no será el paso de la esclavitud a la libertad, sino como lo expresa el Señor, esta es mi pascua, es mi paso de este mundo al Padre, por tanto celebrar la pascua es pasar con Cristo de la muerte a la vida, es participar como lo dice San Pablo de la muerte y resurrección de Jesucristo.

El pan que representaba la aflicción, los sufrimientos del pueblo en Egipto, la esclavitud en el cual durante cuatrocientos años padecieron los hebreos, ahora Jesús dirá comulgar con este pan es participar de mis sufrimientos, de mis tribulaciones, es completar en nuestra carne los padecimientos y humillaciones de Jesucristo, de modo que cuando comemos este pan nos transformamos en aquello que este pan representa, es decir su muerte, para la vida de los hombres.

Beber de este cáliz el cual es signo de la libertad, de la tierra que Dios da a su pueblo, es participar de su victoria sobre la muerte, es participar de su pasión, de su vida que se entrega por los hombres, “tanto amo Dios al mundo que envió a su hijo a dar la vida”, no hay amor mas grande que aquel que da la vida por sus amigos, de modo que comulgar con el cáliz es participar de la vida de Cristo,

La Eucaristía presenta la muerte de Cristo como muerte salvadora, sacrificial, vicaria y expiatoria

La Eucaristía, que Jesucristo instituye en la última cena, es su Pascua, memorial, no ya de la liberación de la esclavitud de Egipto, sino de la liberación de la muerte “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”(Cf. Jn 13,1) Jesucristo ha venido para realizar este paso de la muerte a la vida, para hacer de su vida una autentica pascua, la pascua de nuestra salvación.

Cristo en la Eucaristía, lleva a cumplimiento, sustituye el antiguo memorial con el de su Pascua, que él realiza mediante su muerte y resurrección. Jesús no se aleja en su

eucaristía de los signos pascales del pan y el vino, porque es a través de ellos, llevando a cumplimiento su significado, como su pascua ritual se convierte en continuación, en memorial.

“La Misa es a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión del cuerpo y la sangre del Señor” (CEC 1382).

La Eucaristía fiesta de las fiestas.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que: *«La Eucaristía es el sacrificio del mismo Cuerpo y de la Sangre del Señor Jesús, que Él instituyó para perpetuar en los siglos, hasta su segunda venida, el sacrificio de la cruz, confiando así a la Iglesia el memorial de su Muerte y Resurrección. Es signo de unidad, vínculo de caridad y banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida eterna» (n. 271).*

La Eucaristía es, pues, una fiesta, pero una fiesta del todo particular. En primer lugar, porque Jesús la instituyó en el marco de las fiestas pascales de los judíos, por las que hacían memoria (celebraban) la liberación de la esclavitud de Egipto. Lo que se festeja son las hazañas de Dios en su Pueblo, las *magnalia Dei*. La Pascua se festejaba mediante el sacrificio del Cordero Pascual y una Cena, que es comunión o participación de dicho sacrificio. En la Santa Misa están también estos dos aspectos, el de Sacrificio (el mismo de Cristo en la Cruz por el que nos liberó de la esclavitud del pecado) y el de Banquete, por eso comemos el Cuerpo de Cristo ofrecido en el altar. De manera que el altar es al mismo tiempo, ara del sacrificio, y mesa de la Cena Pascual católica. La liturgia de la Misa (ya desde los inicios del cristianismo) no se redujo a una imitación crasa de la Cena del Señor –y, por tanto, a un banquete-, sino que mantuvo la forma de una comida, pero estilizada de tal modo, que ya no puede hablarse de una «comida normal», sino sólo «simbólica» (al modo sacramental), permaneciendo así abierta a un significado más profundo, que es el del mismo Sacrificio de la Cruz.

Sin embargo, al mismo tiempo celebramos la victoria de Cristo, es decir, su resurrección y su paso (que eso significa ‘pascua’) al Padre. Por eso, para los cristianos, el Domingo, Día del Señor, día en que resucitó Cristo, es «la fiesta primordial», y de este Misterio (el misterio pascual) deben nacer entre nosotros las fiestas, ya que la auténtica fiesta debe nacer del culto, es decir, en la alabanza tributada al Creador por la bondad de la existencia, ya que el séptimo día ‘Dios vio que todo era bueno...y descansó (Gn 1,31; 2, 2-3). San Agustín enseña que el culto tiene lugar mediante ‘el ofrecimiento de alabanza y acción de gracias’ (‘Eucaristía’ quiere decir eso, acción de gracias, o buena gracia), y siendo el acto principal de culto el sacrificio, se constituye así en el alma de la fiesta. Los cristianos nos adentramos mediante la Misa en la fiesta eterna, con la esperanza de ir, como decía San Atanasio, *«de fiesta en fiesta hacia la Fiesta»*, esto es, de domingo a domingo, primer día de la semana, día de la Creación de la Luz, día de la nueva creación -resurrección- de Cristo, Luz del mundo, hacia el Domingo eterno, el octavo día, el día que no conoce ocaso.

De la resurrección del Señor y del Domingo, toma también participación toda otra fiesta, ya que el motivo de la fiesta es la alegría: *«Fiesta es alegría y nada más»*, decía San Juan Crisóstomo. Pero la alegría supone un fundamento, algo de qué alegrarse: es la respuesta de un amante a quien ha caído en suerte aquello que ama. Alguien se alegra porque posee el bien que le es conveniente, o realmente, o en

esperanza, o al menos en la memoria. Y sólo se alegra verdaderamente el que se alegra en el amor: «*Donde se alegra la caridad, allí hay festividad*», decía el mismo Crisóstomo. Por eso no hay motivo mayor de alegría que la Resurrección del Señor, porque su triunfo es nuestro triunfo, su victoria es nuestra victoria. Por eso, la liturgia cristiana –Eucaristía– es, por naturaleza, fiesta de la resurrección.

La Eucaristía centro y fuente de la vida de la comunidad

Jesús inicio este acontecimiento en una asamblea, la comunidad de los Apóstoles, un acontecimiento pascual anclado en la tradición celebrativa del pueblo judío, que recordaba los acontecimientos salvíficos del antiguo pueblo, sobre todo la liberación de la esclavitud de Egipto y paso del mar rojo.

Este mismo día “*de la pascua*” Jesús es el cordero, Jesús es la víctima y lo manifiesta delante de la asamblea apostólica, esta víctima es un anticipo y a la vez una realización del acontecimiento de la cruz, con su resurrección completa y transforma en su cuerpo el memorial de la Nueva Alianza para la vida de la Iglesia naciente.

Los primeros cristianos celebraron este acontecimiento, desde la unión con Cristo muerto y resucitado, hacían presente el misterio de amor “el cordero que quita los pecados del mundo”. La comunión del único pan y del único cáliz hace de nosotros los miembros de Cristo. Celebrar la Eucaristía en la comunidad parroquial hace visible el misterio de la Iglesia como cuerpo visible de Cristo, en el que se realizan los signos del amor y la unidad que hacen presente la fe en el mundo de hoy.

La asamblea cristiana, templo del Espíritu de Dios, hace del cuerpo de cada cristiano templo del Espíritu Santo y así el cristiano eleva en su vida un culto espiritual a Dios.

Para todo cristiano cada Eucaristía significa ver la misericordia del Señor que, en su ternura, nos ha dejado el sacramento de su Pascua, para que podamos pasar con él del egoísmo al amor, de la tristeza a la alegría, del pecado a la gracia. En cada Misa Dios vuelve a revelarse, a mostrar toda la grandeza y poder de su amor para con nosotros, a comunicarnos su vida inmortal, que nos permite subir a la cruz, aceptar el sufrimiento siguiendo las huellas de su Hijo hacia la casa del Padre.

La Eucaristía como fuente inagotable de Santidad.

En la Eucaristía es Nuestro Señor realmente presente, su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, oculto bajo las apariencias de pan, pero real y físicamente presente en las especies del pan y el vino. Vive en medio de nosotros para santificarnos, transformarnos en su imagen, para liberarnos del pecado, del demonio y de la carne, para levantarnos con el poder de su vida divina resucitándonos de toda muerte y esterilidad espiritual. Está con nosotros para calmar las tempestades interiores de nuestras pasiones bajas; para abrir los ojos ciegos de nuestras almas, para romper las cadenas de opresiones, hábitos pecaminosos, ataduras a lo terreno y elevar todas nuestras potencias humanas a los bienes celestiales. Para transmitir la caridad y misericordia de su corazón, y darnos corazones generosos capaces de perdonar y hasta de hacer el bien a los enemigos. Para capacitarnos formarnos, forjarnos en su imagen... para ser modelados en él, de tal forma que el mundo reconozca el rostro de Cristo en los nuestros. La Eucaristía es Cristo Mismo, Luz del Mundo: : "Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12). Quien está ante la luz, y se impregna de la luz, no puede hacer nada mas que iluminar. ¡"No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín" (cf. Mt 5,15). “Bajó Moisés del Monte Sinaí y, cuando bajó del monte con las 2 tablas del testimonio en su mano, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, por haber hablado con

él.”. Ex 34.29 San Esteban fijó sus ojos en el cielo y contempló al Hijo de Dios. Su rostro se llenó de la luz de Cristo.(Hecho 6, 15)

La santidad es fruto de la Eucaristía porque esta es su fuente. Solo quien está en comunión con la vida, Jesús Eucarístico, puede ser un sarmiento fecundo. Lo muestra la vida de los santos, testigos elocuentes de esta verdad (El Cura de Ars, Madre Teresa de Calcuta, El Padre Pio, San Juan Pablo II, etc). La Eucaristía es el secreto de los santos. Es la escuela en donde se forjan las grandes almas.

En estas horas de sombras, necesitamos que brille la luz de Cristo en la santidad de los hijos de la Iglesia. Debemos presentar a la humanidad la *"luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo"* (Jn 1, 9).

Comulgar del cuerpo de Cristo entregado por nosotros y beber la Sangre de Cristo derramada por nosotros es acoger la redención de Cristo, hacer que Cristo no haya derramado su sangre en vano. Esto supone seguir a Jesús con la entrega de nuestra vida completando en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo.

"Sabido que han sido rescatados no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha ni mancha" (1Pe 1,18-19). La vida del cristiano es una liturgia de santidad, de alabanza a Dios. Los creyentes reciben el Espíritu Santo y ante este don sólo cabe la gratitud, por esto la vida del cristiano se convierte en gracia, fe, amor, agradecimiento, en una vida eucarística.

Eucaristía y evangelización

El Papa Juan Pablo II, en su mensaje para el Día Mundial de las Misiones de 2004, "Eucaristía y Misión", insiste en el hecho de que *"en torno a Cristo eucarístico, la Iglesia crece como pueblo, templo y familia de Dios: una, santa, católica y apostólica. Al mismo tiempo entiende mejor su carácter de sacramento universal de salvación y de realidad visible jerárquicamente estructurada"*.

Para los primeros cristianos, el hecho de compartir la Eucaristía los incitaba a tener siempre más solicitud e interés los unos por los otros. Compartían sus bienes y llegaban a ser visiblemente verdaderos discípulos de Jesús. Esa comida convival y la vida de reparto en común constituían la marca de su identidad religiosa. Ellos entendían el símbolo instituido por Jesucristo como una llamada para erigir una nueva sociedad basada en el doble mandamiento de amor: amor a Dios y amor a su prójimo.

La vida compartiendo era tan esencial a la comunidad eucarística que, para el apóstol Pablo, la celebración sin espíritu de amor y de participación no era una comida digna del Señor (1 Co 11,20).

Los Padres de la primera Iglesia insistieron mucho en esta edificación de la comunidad y en la dimensión social de la Eucaristía. *"¿Tú quieres honrar al cuerpo de Cristo? No lo desprecies cuando lo veas desnudo. No le rindas honores aquí, en la iglesia, con tejidos de seda mientras lo dejas padecer frío y falta de vestidos. Porque el que dijo: Este es mi cuerpo, y quien lo realizó diciéndolo fue el que también dijo: Me visteis con hambre y no me disteis de comer. ¿Qué ventaja hay en que la mesa de Cristo esté cargada de copas de oro? Comienza por saciar el hambre del hambriento y con lo que sobre adorna su altar. ¿Tú fabricas un vaso de oro y te niegas a dar un poco de agua fresca? El templo que es el cuerpo doliente de tu hermano, es mucho más valioso que éste (la iglesia). El cuerpo de Cristo se transforma para ti en altar. Es más santo que el altar de piedra sobre el que tú celebras el santo sacrificio. Debes ver este altar por todas partes, en la calle y en la plaza pública"*. (San Juan Crisóstomo)

El Papa Juan Pablo II expresa admirablemente esta idea en su Encíclica *Dominum et vivificantem*: *“Mediante la Eucaristía, el Espíritu Santo ‘realiza aquel fortalecimiento del hombre interior’ del que habla la Carta a los Efesios. Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Paráclito consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo ‘revela plenamente el hombre al hombre’, sugiriendo ‘una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad’. Esta unión tal se expresa y se realiza especialmente mediante la Eucaristía en la que el hombre, participando del sacrificio de Cristo, que tal celebración actualiza, enseña a ‘encontrarse... en la entrega... de sí mismo’ en la comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos”* (62).

Hoy en día, es a través de la Eucaristía cómo Jesús prosigue su misión en el seno del ministerio de la Iglesia. Mediante el Bautismo, las personas se unen a Cristo en su muerte y su resurrección; mediante la Confirmación reciben su Espíritu y mediante la Eucaristía son alimentados continuamente por su vida como Hijo de Dios y por la vida de testigo cristiano. Comparten esta vida con todos aquellos que se ponen en contacto con ellos hasta que todos queden impregnados de la misma vida en Cristo. He aquí lo que proclamamos en cada celebración de la misa: **“Proclamamos tu muerte, oh Señor, esperando tu llegada”**. La Eucaristía es, consecuentemente, la fuente de la vida y la misión cristiana.

“Quédate con nosotros Señor”

Deseo terminar esta carta pastoral recordando el encuentro de los discípulos de Emaús, los cuales venían desencantados, tristes, desilusionados, y aquel personaje extraño, se les sumo en el camino y comenzó a decirles que era necesario que el cristo padeciera, sufriera, muriera y resucitara de entre los muertos, y al querer seguir su camino le pidieron: *“Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado. Entró, pues, y se quedó con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando”* y *le reconocieron al partir el pan, y se decían uno al otro no ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las escrituras”*. Deseo invitar a todos los fieles a pedirle al señor que en este año se quede con nosotros para que fortalezca nuestra fe, para que su presencia destierre del corazón de nuestro pueblo toda impiedad, para que su presencia en la eucaristía sea luz en nuestro caminar por la vida, quédate con nosotros señor, para que nuestras familias sean imagen de la sagrada familia de Nazaret, quédate con nosotros señor para que nos enseñes a ser pastores según tu corazón, quédate con nosotros Señor para que alientes y animes a los jóvenes a consolidar la vocación a la cual les has llamados, quédate con nosotros Señor, para que la luz de tu amor no se apague nunca en nuestras vidas. Invito a realizar en nuestra vida la experiencia de los discípulos de Emaús, de modo que nuestro corazón salte de alegría por la presencia de Jesús en medio de nosotros en la Eucaristía (Cfr. Lc 24,29 – 30).

Propongo como actividades en este año las siguientes acciones que puedan ayudarnos a crecer en torno a la Eucaristía:

- Una catequesis centrada en el misterio de la Eucaristía.
- Invito a los sacerdotes a realizar una catequesis a los fieles centrada en el misterio de la Eucaristía, para ello tenemos a mano el Catecismo de la Iglesia Católica, en el cual tenemos todos los elementos que nos lleven a inculcar a los fieles el amor a la Eucaristía.

- Deseo proponer la realización de una jornada de formación teológica pastoral dedicada a la Eucaristía.
- Invito a el Secretariado de Catequesis a fortalecer en nuestros niños y adolescentes que reciben la iniciación Cristiana nuestro amor a la Eucaristía y a la realización de un encuentro diocesano en torno al sacramento de la Eucaristía, de modo que ellos descubran la grandeza y riqueza de la presencia real de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
- Deseo invitar a todas las parroquias junto con sus respectivos párrocos a instituir la exposición del Santísimo Sacramento del Altar todos jueves del año, realizando una hora Santa.
- Propongo un jueves al mes que la exposición del Santísimo Sacramento se realice desde las 7:00 am hasta las 5:00 pm, de modo que podamos tener la posibilidad de realizar durante el día adoración al Santísimo Sacramento del Altar. Para ello exhorto a los sacerdotes a animar y organizar a los fieles de las parroquias para que durante el día siempre estén personas realizando la adoración al Santísimo Sacramento del Altar, pidiendo por las necesidades de nuestra Iglesia.
- Invito a realizar en todas las parroquias de nuestra Diócesis las 40 horas de adoración al Santísimo Sacramento previas al Día del Corpus Christi, culminando ese día con un recorrido en torno al templo parroquial con exposición Mayor.

Que la Santísima Virgen María Madre de Cristo y Madre nuestra, que llevo en su seno la Palabra Eterna del Padre nos enseñe a amar y adorar a su Hijo Jesucristo en la Eucaristía.